

Sobre la Filosofía, sus Géneros y Estilos

Por: Luis E. García
Universidad de Caldas

los estilos en filosofía me surgió, hace varios lustros, en los primeros foros nacionales de filosofía, donde me sentía como en una torre babélica conceptual; en cada sala, así trataran temas semejantes, los ponentes de turno exponían su mensaje, en español desde luego, pero de maneras extrañamente diferentes, a veces incomprensibles, incluso con diccionario filosófico en mano; los debates se convertían a menudo en juegos de palabras, donde la objeción más frecuente era: “usted no me entendió, compañero”. La tesis que presento, es que en las raíces y ramas de nuestra disciplina anida una no reconocida variedad de estilos consustanciales al contenido, y cuya elección obedece más al temperamento, inclinaciones y valores que al contenido mismo de las propuestas filosóficas

Palabras claves:

filosofía, género filosófico, estilo filosófico.

La primera inquietud sobre la diversidad de géneros y estilos en filosofía me surgió hace varios lustros durante los primeros foros nacionales de filosofía. En cada sala, así trataran temas semejantes, los ponentes de turno exponían su mensaje, en español desde luego, pero de maneras muy diferentes, a veces in-

comprensibles incluso con diccionario filosófico en mano, como si estuviéramos en una torre babélica conceptual; los debates se convertían a menudo en juegos de palabras, donde la objeción más frecuente era: “usted no me entendió, compañero”. Fenomenólogos, tomistas, empiristas, heideggerianos, los recién llegados hermeneutas, los todavía triunfalistas neomarxistas y veteromarxistas, esencialistas, pragmatistas... mostraban un calidoscopio de ideas incesantes y variadas donde el único común denominador era llamarse filósofos.

Si bien en cualquier disciplina hay especializaciones que manejan conceptos extraños para otros colegas, la diversidad filosófica es más amplia y profunda, pues la mayoría de sus vocablos fundamentales procede del lenguaje común y han recibido diferentes

sentidos, incluso dentro de la obra de un mismo autor, mientras que otros son introducidos en textos y contextos, sin ninguna definición que facilite su comprensión por parte de los no iniciados. Pero el problema terminológico no es el único. Mi sospecha en ese entonces, y que ahora expongo de manera general, es que las raíces y ramas de nuestra disciplina están estructuradas por una no reconocida varie-

*Un buen estilo
proviene tan sólo
de que el autor se
ocupe ante todo de
su tema y no de lo
que otros puedan
pensar de éste o de
la propia persona.*

Bryan

dad de géneros y estilos muy relacionados con el contenido, y cuya elección obedece al temperamento, inclinaciones y valores de sus cultivadores y seguidores.

No se trata de una exposición meramente descriptiva sino también valorativa. Después de mostrar -con perdón de los entendidos- las ideas conocidas sobre la filosofía y presentar un común denominador, privilegiaré un género y un estilo para la filosofía de hoy, que debe salir de los muros universitarios para oxigenar con ideas la ciudad y oxigenarse en ella.

IDEA DE LA FILOSOFÍA

Como bien sabemos, la idea de la filosofía no sólo ha cambiado a lo largo de la historia cultural, sino que la misma pregunta ¿qué es filosofía? todavía nos deja perplejos. Como escribe U. Moulines: “Es un hecho muy peculiar que la filosofía sea la única disciplina que hace esfuerzos extremados por cuestionarse a sí misma” (1991, p. 15). La peculiaridad de los asuntos filosóficos es que no se resuelven por medios experimentales, ni interesan por igual a toda la comunidad de filósofos; se supone que abordan temas universales, pero buena parte del universo humano es indiferente a ellos; tampoco existen jueces últimos para determinar la calidad de las propuestas y respuestas filosóficas y es bastante proclive a dejarse encerrar en paradigmas locales.

Una visión desde la altura de la historia nos muestra diferentes senderos trazados por la filosofía. Se acuñó su palabra como amor a la sabiduría: los primeros filósofos buscaban la sabiduría, ya por sí misma, o con intereses utilitarios, que censura Platón en el diálogo “Protágoras”. Para Sócrates, filósofo es quien cultiva la forma más alta del eros: el amor a la verdad (“El Banquete”) y para Platón, es la investigación cuyo objeto es la verdad. Con Aristóteles adquiere el sentido de ciencia primera, del ser en cuanto ser, de los principios supremos del ser, el pensar, el conocer y el actuar moral. Los estoicos, epicúreos e incluso romanos, como Cicerón, construyen filosofías como el *ars vitae*, arte de la vida, una guía de la voluntad para entender y afrontar la existencia. Durante la patrística y el llamado *milenio* cristiano la convien en anchilla *teologiae*, la servidora de la filosofía, pues la fe (cristiana) se estima por encima de la razón. En el renacimiento, y con el surgimiento de las ciencias naturales, se torna en filosofía de la naturaleza, una especie de *regina scientiarum* y, en este sentido, engloba todas las nuevas disciplinas, las cuales paulatinamente se irán desprendiendo de ella hasta iniciado el siglo XX; por este motivo su principal campo de investigación será el problema del conocimiento. Durante la Ilustración es el hombre el objeto principal de la filosofía y con Hegel intenta constituirse en el saber absoluto. Para Marx será la disciplina que nos conduzca no tanto a entender sino a transformar el mundo, mientras que los existencialistas de la post-guerra dirán que su sentido radica en la comprensión del hombre como ex-sistente, al cual otros opondrán la tesis de que el hombre es por naturaleza in-sistente... Detallando estonderos se han escrito numerosas histo-

rias de la filosofía. Pero ¿qué tendrán en común pensadores y orientaciones de apariencia tan diferente?

Cuando un estudiante de filosofía se acerca a los grandes -llamados así por su producción, trascendencia en el tiempo, cantidad de sus escritos y fuerza de sus ideas (Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, Kant, Hegel, Russell, por mencionar algunos)- descubre un universo de reflexiones y especulaciones, algunas asombrosamente sutiles, profundas y vastas; ellos, los grandes, sintieron la filosofía como una vocación, como una pasión más que una ocupación, y debemos destacar que, según sus intereses, no ignoraron los problemas ni el estado del conocimiento de su época, el cual fue el punto de partida de su reflexión filosófica

Así que una primera respuesta al interrogante planteado, indiscutible por trivial, será afirmar que “filosofía es lo que hacen, dicen o, más bien, escriben, ciertos personajes autoconsiderados filósofos”. Pero resulta que éstos son de una variedad tal que resulta imposible agruparlos dentro de una categoría académica, temática, conceptual o profesional, como sí podemos hacerlo con estudiosos de otras disciplinas. ¿Por qué? Primero, se ocupan de temas tan diversos como la naturaleza del mundo, del conocimiento, la transformación de la sociedad, la reflexión sobre ideas ajenas, el fundamento de creencias religiosas, etc. Segundo, en ellos encontramos toda clase de propuestas, motivos, sistemas, argumentos, concepciones del mundo, métodos, resultados. Tercero, las sutilezas y discrepancias -los grises- dentro de una orientación particular son tan amplios y variados que incluso un cali-

ficativo -como materialista, idealista, positivista, pragmatista, etc.- no cobija de igual manera a quienes profesan una tendencia de esas. Cuarto, y lo más paradójico, “vale este principio empíricamente bien confirmado: para cada filósofo X que afirma mantener una filosofía verdadera, existe un filósofo Y que considera las tesis de X inmediatamente falsas, mientras que un tercer filósofo Z sostiene la opinión de que el conflicto entre X e Y es un esfuerzo claro de absurda pérdida de tiempo... Incluso ha ocurrido que X, Y, Z representen la misma persona en diferentes etapas de su vida” (Moulines, p. 25).

CREADORES Y DIFUSORES

Y así la filosofía la construyan los filósofos en mil maneras, sobre ellos cabe aplicar una tipología elemental propuesta por Mario Bunge. Según él, hay filósofos que podemos llamar “de primera mano” o sea quienes introducen problemas filosóficos, y otros -como nosotros- “de segunda mano” que estudian, amplían, comentan, critican, aclaran, analizan los aportes de los de primera mano, como los profesores, cuya misión inicial estriba en proporcionar su conocimiento y experiencia -no exenta de prejuicios- para orientar al estudiante, aclarar lecturas, orientarlos, mostrar textos, contextos y relaciones inter textuales.

Mas esta clasificación es meramente descriptiva, de tal manera que ser de primera, de segunda o de n mano, no significa ser de primera, segunda o n categoría, pues los de primera mano pueden ser pensadores de segunda o hasta charlatanes, como quienes pre-

tenden crear abismos entre la ciencia y la filosofía, la convierten en un culto, o estiran el sentido de las palabras para dar cabida a cualquier interpretación oportunista.

Por otra parte, filósofos de segunda mano pueden ser de primera categoría, según la claridad, seriedad y profundidad de sus reflexiones y argumentaciones. Ambos tipos de categorías filosóficas son necesarias para la vida de la filosofía. Sin embargo, la supervivencia de nuestra disciplina exige descubrir, inventar, disolver y resolver problemas filosóficos, y no convertirla en mera arqueología intelectual y, menos aún, degenerarla con problemas banales, triviales, como en los que se han enfrascado algunos analíticos ¿Cuánto más ser tiene el hombre que los animales inferiores? (XII Congreso Inter. de Fil., 1958), o ¿cómo operan las categorías de la sensibilidad, el espacio y el tiempo en los animales, y muchos otros artículos del mismo talante que encontramos, por ejemplo, en la prestigiosa revista *Erkenntnis*.

No habrá entonces un común denominador que caracterice la actividad de quienes la historia ha considerado como filósofos de primera categoría, ¿actividad que los diferencie de otros pensadores productores de ideas? ¿Cuándo un escritor se convierte en filósofo? Considero -como hipótesis fundamentada- que todos los filósofos reconocidos por la historia, se han caracterizado y distinguido de los demás intelectuales -científicos, pensadores, poetas literatos- por ir más allá de lo aparente y llegar a la raíz de los temas y problemas; en otras palabras, por plantear, reflexionar e intentar responder preguntas radicales formula-

das a partir de la vida cotidiana y del conocimiento empírico alcanzado en su época. Este cuestionamiento radical arranca desde los presocráticos, cuando plantearon los problemas del ser, del cambio, hasta los existencialistas con el problema del existir (sin excluir ni a Wittgenstein ni a Cioran quienes, con su estilo peculiar, intentaron acabar con la filosofía... filosofando). Y ese cuestionamiento radical se ha expresado en diferentes géneros y estilos que mencionaremos a continuación.

GÉNEROS

En este amplísimo panorama de producción intelectual llamado filosofía, que atiende a preguntas radicales y con alguna pretensión de universalidad, podemos distinguir varios géneros, importantes por cuanto parecen consustanciales a la doctrina; son algo más que el vehículo del pensamiento, y ninguno es, a priori, superior a otro, pues en esta materia como en otras -como la religión - no existen criterios objetivos de calidad- aunque sí una comunidad de practicantes cuya producción y personalidad hará que unos se reconozcan como más válidos, importantes o populares en tiempos y lugares dados. Distinguir los géneros en filosofía nos permitirá realizar una nueva lectura del desarrollo filosófico y algún manual de nuestra historia habrá de escribirse bajo este criterio. Por lo pronto, se me antoja proponer los siguientes géneros: **poético, literario, teológico, histórico, metodológico y científico**, que, desde luego no son excluyentes, aunque sí marcan tendencias tanto en filósofos de primera como de segunda mano.

Sin entrar en detalles, hay quienes plasman sus reflexiones radicales en el **aforismo poético**, en la belleza del verso, en el lenguaje exquisito donde la argumentación no es bienvenida para presentar esas luces que intentan comprender nuestra existencia y el mundo. Otros han vertido su saber filosófico en reconocidas **obras literarias**, donde lúcidamente incorporan la ficción y la realidad en una narrativa extensa e indiferente a la comprobación empírica. Tercero, los hay quienes, a la manera de la sacra **teología**, profesan una veneración a ciertos textos y principios, propios o ajenos; y mientras unos los proponen y defienden, otros los siguen como si fueran dogmas de fe o verdades reveladas, en una especie de fetichismo, de cómodo escapismo, o temor de enfrentar los nuevos retos del conocimiento, y los escudriñan mediante hermenéuticas y exégesis hartamente discutibles pretendiendo descifrar el auténtico mensaje del autor como si sus frases escondieran verdades arcanas; es un género de estilo argumentativo, donde las premisas suelen ser autoridades intocables.

El género **histórico** aparece, primero, en la producción de filosofía a partir del pasado, centrada en problemas, autores, tradiciones en que se inscriben, o en resultados, métodos, circunstancias, estado del conocimiento de la época, etc. o, segundo, en reconstruir filosofías antiguas a la luz de los nuevos conocimientos, como lo han hecho, por ejemplo, los neotomistas. Considero que no es misión principal del estudioso de filosofía, exceptuando a los especialistas y eruditos con profundos conocimientos de historiografía y lingüística, dedicarse a lo que podríamos llamar

“arqueofilosofía”, o sea, a limitarse a rastrear qué dijo, cómo lo dijo, cómo se tradujo o qué quiso decir el filósofo de antaño, suscitando discrepancias de interpretación que, a la postre, no aportan sino más discusiones sin fin, textos y papelería, pues el único capaz de dirimir tales disputas “ya no es de este mundo” (por ejemplo, R. Mondolfo señala la existencia de diez eruditas interpretaciones divergentes del pensamiento de Heráclito). Pero no se trata de negar el valor de la historia de la filosofía, sino de que nosotros, los no especialistas, la empleemos más bien como fuente de problemas filosóficos y de inspiración y no como fin en sí misma. Es decir, debemos estudiar el pasado, sí, pero a la luz del presente. Las tesis principales de filósofos como Spinoza, por ejemplo, mucho nos pueden aportar para comprender el mundo de hoy.

El género que llamamos **metodológico** se ejemplifica en aquellas filosofías que ofrecen a sus seguidores una especie de método para producir resultados filosóficos (artículos, ponencias) de tal manera que el novicio una vez aprende el vocabulario y sus giros puede jugar con ellas, reinventar discursos, construir espirales argumentativas donde uno no sabe donde termina la oscuridad y comienza la profundidad, o en frase de Daniel Dennett “a medida que el autor se interna en una frase, el fin de ésta se vuelve más y más remoto” (como observamos los autodenominados posmodernistas). Este género es característico también de quienes asumen la filosofía de manera teológica.

El género **científico** se encuentra en quienes cultivan y respetan la argumentación

lógica, las consecuencias de sus tesis, y están dispuestos a modificarlas si detectan contradicciones o consecuencias absurdas -como nos enseñó Edward Moore- y además incorporan en sus trabajos los aportes y discusiones de las ciencias; al igual que en el teológico, es un estilo argumentativo donde prima la lógica pero, a diferencia, considera la posibilidad de superar las premisas básicas. Para los cultivadores de este género, los nuevos hechos que vivimos y descubrimos desde las ciencias nos invitan no a reproducir filosofías sino a replantearlas, de tal manera que mucho de lo que dijeron o dejaron de decir nuestros legendarios héroes filósofos pierde importancia frente a los incesantes cambios en la evolución de la cultura humana.

En esta línea, escribe Popper en *Conjeturas y Refutaciones* que “Toda filosofía, y especialmente toda escuela filosófica, está expuesta a degenerar, de tal manera que sus problemas se hagan prácticamente indistinguibles de los pseudo problemas, y su jerga por consiguiente, prácticamente indistinguible de un balbuceo sin sentido. Trataré de mostrar -continúa Popper- que esto es una consecuencia del aislamiento filosófico. La degeneración de las escuelas filosóficas, a su vez, es consecuencia de la errónea opinión de que se puede filosofar sin haber sido obligado a ello por problemas que surgen fuera de la filosofía; en la matemática, por ejemplo, en la cosmología, en la política, en la religión o la vida social...En otras palabras, mi primera tesis es ésta: los genuinos problemas filosóficos tienen siempre sus raíces en problemas urgentes que están fuera de la filosofía y aquéllos mueren si estas raíces se resecan”

Lo indiscutible entonces es que las genuinas filosofías no surgen del vacío; nacen en una situación temporal dada, en un determinado estado del conocimiento y de preocupaciones sociales, que es asimilado por pensadores de primera mano dotados de gran profundidad de pensamiento, o de segunda, con destacada capacidad expositiva. Como bien lo expuso Francis Bacon, los genuinos problemas filosóficos no se encuentran en los textos trajinados, sino en la realidad observable y pensable (algo que a menudo los estudiantes actuales descuidamos). Al decir de Hegel “captaron su época con el pensamiento”, y como sentencia Rorty “la razón de que la filosofía siempre termine enterrando a los que pronuncian su discurso funerario... reside en que los tiempos nunca paran de cambiar” (*Filosofía y Futuro*, p. 72). Así pues, los grandes filósofos y sus filosofías -presentadas como aforismos, argumentos, sistemas- respondieron a situaciones concretas y se cimentaron en el conocimiento disponible de su época, de tal manera que nosotros no podemos darnos el lujo de ignorar lo nuevo en ciencia y sociedad..

Aunque he privilegiado el género “científico” de la filosofía -donde intentó inscribirse la analítica- eso no descalifica a los demás. Sin duda que la filosofía ha de asimilar de la poesía la búsqueda de una sabiduría de vida, de manera no argumental, que parta de la intuición y llegue al sentimiento más que a la razón; de la literatura, el esfuerzo por lograr un lenguaje rico, elegante, persuasivo; también, la filosofía siempre está anclada a un pasado, y por tanto la historia es parte primordial de ella, al tiempo que le aporta un método y un papel de conciencia crítica del presente;

incluso el género teológico inspira en la medida en que el filósofo inicialmente tiene que estar dispuesto a defender tesis, principios y postulados ajenos o propios, pues de lo contrario caería en un vano *laissez-faire* intelectual. Y mientras no se queden en el método por el método, las propuestas metodológicas son guías fructíferas para hacer filosofía. Pero insistimos en el género científico porque no obstante el impacto de la ciencia en el mundo actual y su aporte a los eternos problemas filosóficos del ser, el conocer y el actuar, tiende a ser descuidado por muchos de quienes se acercan a la filosofía: el filósofo debe coordinar sus ideas y sistemas conceptuales con la realidad, y no elevarse sobre ella, situarse en solios conceptuales intocables.

Quizás esta variedad de géneros sea a su vez la guardiana de la filosofía, pues a pesar de quienes han pretendido sepultarla, ella sobrevive en la raíz y en las proyecciones de las disciplinas, y resurge en mentes de quienes no se conforman con las apariencias, pues su saber nos ha conducido a una comprensión más fundamental y sólida de cualquier campo del conocimiento, y de la existencia misma. Por eso crece en todos los espacios académicos, al punto que hoy en día nos ocupamos de la filosofía del arte, de la historia, de la ciencia, de la religión, de la política y hasta del deporte. Desde luego que no todo lo que pretenda llamarse filosofía merece tal nombre, pues hay quienes pretenden filosofar sin conocimiento básico de la realidad natural y social, se enredan en especulaciones y construcciones verbales, a lo sumo estéticamente atractivas, cuando no con jergas que cual telarañas enredan hasta los más fieles seguidores, entu-

siasmados por cuanto que dentro de ellos aparece uno que otro penetrante pensamiento, género que podríamos llamar pseudo científico representado, entre otros, por algunos postmodernos.

ESTILOS

Sea cual fuere “la mano”, creadora o difusora, de los filósofos y sus géneros de producción, los estilos no sólo varían sino que pertenecen a la individualidad misma del pensador, y que nos guste o nos disguste un artículo, una ponencia, un escrito, depende inicialmente más de la sintonía con el estilo del autor que con el contenido de sus ideas. Si “El estilo es el hombre”, lo será el filósofo y su filosofía (estilo que, como sabemos, también puede ser falsificado, para hacer pasar como auténtico lo que no lo es). El estilo es el vehículo del contenido, y debe existir cierta relación entre las ideas filosóficas y los estilos en que son presentadas pues no parece viable, por ejemplo, transcribir en lenguaje de Heidegger los textos de Hume y viceversa.

Encontramos un estilo argumentativo en Santo Tomás, abstruso en Hegel, fluido en Aristóteles, poético en Platón. Hay estilos que parecen acercarnos a la comprensión de verdades sociales, como los de Marx y Lenin, y otros diseñados a llevarnos al misterio, la perplejidad, la paradoja, unos con apuntes de innegable sabiduría como los de Cioran, y otros a través de vericuetos lingüísticos.

Al mirar nuestra historia, los títulos de obras clásicas sugieren la gran diversidad de

estilos: Diálogos (Platón), Sentencias (de Pedro Lombardo), Comentarios (de Santo Tomás), Preguntas (Ockham), Guía (Maimónides), Confesiones (San Agustín), Ensayo (Locke), Meditaciones, Reglas, Discurso (Descartes), Geométrico (Spinoza), Pensamientos (Pascal), Prolegómenos (Kant), etc. Ahora bien, que estos títulos representen estilos, géneros o ambos, sería materia de larga discusión. En general, y siguiendo a Redmond, los podríamos clasificar en estilos expositores (que desenvuelven los pensamientos sin ofrecer razones explícitas) y argumentadores (que presentan premisas de distinta índole y conclusiones). Los expositores sobresalen en la filosofía continental (Husserl, Bergson, postmodernos) y los argumentadores en la moderna filosofía anglófona. Sobre estos dos estilos no cabe hacer juicios de valor, pues ambos enriquecen la filosofía y tienen estrecha relación con las categorías mencionadas.

En sentido estricto, el estilo es, por definición, único y personal de cada escritor o artista; deriva la palabra de *stilus*, o el punzón empleado para escribir sobre la cera, de ahí que inicialmente se entendió como una distinción caligráfica, luego como la manera propia de expresar los pensamientos, después como la calidad de esa expresión, y en filosofía lo entendemos como el criterio para escoger problemas, privilegiar datos, adoptar un método y exponer soluciones. Dada la individualidad de los estilos y que, como señala Mondolfo “las diferencias de pensamiento y estilo entre obras distintas son muy frecuentes en autores de larga actividad literaria” (p. 184) no parece posible, en principio, clasificar de

manera aceptable los estilos en filosofía, como sí se ha logrado en el arte. Sin embargo, mi punto es que entre los estilos contemporáneos que vierten ideas filosóficas, saltan a la vista al menos tres, que nos permiten sugerir una tipología provisional, y desde luego incompleta.

En primer lugar quiero destacar el **estilo oficial**, académico, que viene predominando en los últimos años, especialmente desde la filosofía analítica y la profesionalización de la disciplina, y por la necesidad de publicar, de citar y ser citado para sobrevivir, que consiste en partir de la posición seria o disparatada de otro autor, y llenar y rellenar cualquier número de páginas con alusiones a textos, autoridades, lecturas, citas, notas y celebridades, como “buscando pleitos filosóficos”, o intentando transferir el prestigio de otros a nuestras propias líneas, o plasmar todo el esfuerzo que demandó la redacción de nuestro artículo, y desde luego, acceder a editores y eventos, dado que este estilo es un signo de los tiempos actuales: “yo te cito, tú me citas, nosotros nos citamos”, parece ser el lema de la filosofía actual, y así se enfrascan en distinciones y minucias, escribiendo cada vez más sobre cada vez menos y para menos lectores, pues apenas los alcanzarán a entender un puñado de colegas, estilo que, siguiendo una acertada caracterización del profesor Schumacher (de la Universidad Nacional) podríamos llamarlo: Corsetería Académica. Claro está que las revisiones bibliográficas o en la exposición del estado de la cuestión, del tema o del problema (o el estado del arte, como extrañamente lo llaman algunos fascinados por la expresión inglesa) exigen tejer todas las citas y re-

ferencias relevantes; lo grave es cuando ellas anieblan el pensamiento del autor, como viene ocurriendo frecuentemente. Desde luego que la honradez intelectual nos exige dar créditos, donde corresponde darlos, mas no para alardear de una erudición bibliográfica, ahora ya facilitada en demasía por el Internet.

Los otros dos estilos nos lo sugiere un aforismo de Nietzsche: “quien se sabe profundo se esfuerza por ser claro , y quien se sabe superficial se esfuerza por ser oscuro”; así contraponemos el estilo oscuro, opaco, mistificador de unos al claro y cristalino de otros que se esfuerzan por mostrarnos un pensamiento y no sumergimos en laberintos conceptuales.

El **estilo oscuro** se descubre fácilmente en los llamados postmodernos, caracterizados por un amasijo (“mezcla desordenada de cosas heterogéneas”) lingüístico donde campea a sus anchas la vaguedad, la erudición forzada, la opacidad, y el “*horror definitionis*” que los autoexcusa para exigirles precisiones, que las entienden, no como una cortesía hacia el lector desprevenido, sino como una molesta tarea, pues les resulta más cómodo replicar: “usted no me comprenderá a menos que se deje envolver por mi lenguaje...no se resista, y entre a este reino misterioso, y así logrará entenderme”. Quien se esconde en lenguajes esotéricos, a lo sumo hará de la filosofía un remedo del lenguaje religioso. Y no me extiende más en esta crítica porque sus propósitos y consecuencias fueron ya desenmascarados en la célebre obra *Imposturas Intelectuales*, de A. Sokal.

El **tercer estilo** -que permite sacar a

los filósofos y sus filosofías de sus aguas estancadas- es redactar las ideas haciendo uso de las cualidades que, según la tradición, cualquier estilo debe poseer: pureza, propiedad, claridad, precisión, conveniencia, armonía, sencillez. Así escribieron casi todos los grandes para sus contemporáneos que poseían una cultura básica -pocos, por cierto-. De este estilo nos dejaron ejemplos Platón, Nietzsche, Schopenhauer, Hume, Descartes, Pascal, Russell quienes escribían no para descrestar sino para ser entendidos, y desde luego, debatidos, mientras que otros, como Hegel y Fichte siguen siendo hasta hoy día sinónimo de oscuridad. Ahora bien, de que unos, como Kant, sean profundos y poco inteligibles, no se sigue que la ininteligibilidad sea indicadora de profundidad. Y en defensa de este punto de vista, el filósofo Bryan Magee escribió un precioso artículo titulado *Sentido y Sinsentido*, que cito porque en él descubrí mis ideas expresadas con mayor elegancia: “Algunos escriben de tal manera que resultan interesantes para cualquier persona inteligente; otros no resultan atractivos ni siquiera para sus colegas filósofos”. Más adelante añade que “Muchos filósofos nunca van a escribir con claridad. Son incapaces de hacerlo porque le temen a la claridad. Tienen miedo de escribir claramente porque la gente puede pensar que escriben lo obvio. Y quieren que los consideren maestros de la dificultad”. “El hecho de que un texto sea oscuro no debería nunca jamás aumentar nuestro respeto por él. Lo podemos respetar, sin embargo, a pesar de su oscuridad, pero la oscuridad siempre es un punto negativo, y nunca positivo”. Una cosa es pues la dificultad de un tema y otra la falta de claridad en su exposición; si comprendidos

los términos, la sintaxis y el contexto, la frase no se entiende, entonces, como recomendaría Bacon, a cambiar de lectura, pues la vida es corta para agotarla desentrañando sinsentidos. Lo pernicioso que he observado es que la aridez del primer estilo y la oscuridad del segundo están resultando contagiosas en este momento histórico de la filosofía, y podrán terminar enclaustrando nuestra disciplina. Por lo tanto, el estilo de cualquier escrito filosófico debiera inspirarse en el aforismo de Wittgenstein: “todo lo que pueda decirse, puede decirse claramente” y esto aplica a los géneros anotados, y a otros que ustedes podrán descubrir, añadir y cultivar.

BIBLIOGRAFIA

- .Bunge, Mario. *La investigación científica*. Ariel, Barcelona, 1969
- .Cascardi, Anthony J. (ed.). *Literature and the question of philosophy*. John Hopkins University Press, 1987.
- .Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus, Madrid, 1989.
- .Lang, Berel. *The anatomy of philosophical style*. Basil Blackwell
- .Magee, Bryan. *Sentido y sinsentido*. UIS.

- Departamento de Filosofía.
- .Mondolfo, Rodolfo. *Problemas y métodos de investigación en la historia de la filosofía*. Eudeba, Buenos Aires, 1960
- .Moulines, Ulises. *Pluralidad y recursión*. Alianza, Barcelona, 1991.
- .Popper, Karl. *Conjeturas y Refutaciones*. Paidós. Bs. Aires, 1967
- .Redmond, Walter. *Exposición y Argumentación*. www.buap.mx/ldiogenes/revistas/arta1no3/a2la3ar2.htm
- .Rorty, R. *Filosofía y futuro*. Gedisa, Barcelona, 2002